

UNA HISTORIA DE AMOR

-- Buenos días Sr. y Sra. Kirchner.

-- Puede llamarnos Edmund y Doreen.

-- Está bien. Soy Frank, del periódico *Bild*. Mi próximo artículo será sobre el alzhéimer y me gustaría basarme en su historia.

-- Claro, ¿en qué puedo ayudarle?

-- Cuénteme su historia Edmund...

-- La historia se remonta a 1939, en la Segunda Guerra Mundial. Yo era un soldado del ejército alemán y tuve que ir a Inglaterra, a luchar por mi país. Justo en el momento de partir, vi a otro militar que parecía ser un oficial por todas sus condecoraciones; estaba despidiéndose de su hija, la Srta. Furtwängler. Nunca había visto una mujer así en toda mi vida. Al verla, me di cuenta de que el amor a primera vista sí existía. Así que no pude resistir acercarme a ella. Solo una cosa me impidió ir a conocerla. Mi capitán comunicó que debíamos partir en ese mismo instante. Aunque no pude ir a hablar con la persona que próximamente sería el amor de mi vida, no me rendí jamás.

En 1945, en el desenlace de la guerra, volví junto a mi familia. Alemania volvió a ser lo que era antes: la felicidad en las caras de la gente. Estaba de camino a la tienda cuando vi algo que me sorprendió. Era ella, aquella mujer de la que llevaba enamorado seis años sin ni siquiera conocerla. La vida me había

brindado una segunda oportunidad y yo no podía rechazarla. Me acerqué y le dije: "sé que no me conoces, pero estoy enamorado de ti". Como cabía esperar, ella me tomó por loco, pero después descubrí que esa fue la decisión más acertada que he tomado en toda mi vida.

Ella era una chica de una familia muy rica y respetada. Por ello imaginé que debía de tener un carácter refinado, acorde a los modales que le habían inculcado. Pero ella, en realidad, no era así. Era un alma libre y alocada, que quería vivir la vida sin seguir ningún tipo de normas. Debo admitir que pensé que había desperdiciado mi última oportunidad, pero para mi sorpresa ella contestó: "Estás loco, pero eso me gusta". Desde ese momento empezamos a charlar, y cuando nos dimos cuenta ya había anochecido. La acompañé a casa como un buen caballero. Se despidió de mí con un beso en la mejilla. En ese momento me sentí el hombre más feliz del mundo. Cuando ella iba a entrar en casa tuve el valor de pedirle que volviéramos a quedar otro día, pero esta vez en forma de cita.

Quedamos en la plaza, a las 18:00 h, fue una tarde increíble. Tomamos unas copas en el bar, bailamos, cantamos, charlamos y miramos las estrellas. Fue la cita que siempre había querido tener con ella.

Nos conocimos muy bien. Sabíamos lo que el otro pensaba sin decir nada y estábamos plenamente enamorados el uno del otro. Después de tres meses conociéndonos, decidí pedirle formalizar nuestra relación. Ella encantada respondió que sí a mi propuesta...

-- Continúe Sr. Kirchner.

-- Lo siento, pero ya no puedo recordar más.

-- ¿Me permite seguir a mí, Frank?

- Claro, Doreen.

-- Después de todo aquello, contrajimos matrimonio. Tuvimos tres preciosos hijos: Aubrey, Arnold y Lewis. Fueron unos años maravillosos; estábamos muy unidos. Entonces llegó aquel día. Edmund empezó a olvidarse de las cosas. Fuimos al doctor pensando que tenía problemas de memoria, pero no fue así, le detectaron alzhéimer.

Nos comunicaron que aquella enfermedad haría que él olvidara todos sus recuerdos y su vida actual. Nos asustamos mucho, porque no queríamos que se olvidara de nosotros y de lo feliz que había sido toda la vida--afirmó Doreen, con lágrimas en los ojos.

-- ¿Puede decirme por qué Edmund sigue recordando cómo se conocieron?

-- Sorprendentemente, lo único de lo que se acuerda es de nuestra historia. Sabe que estamos enamorados el uno del otro y que eso nunca cambiará.

